

BOLETÍN  
DE LA  
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BRAE TOMO XCIV – CUADERNO CCCX – JULIO-DICIEMBRE DE 2014  
Edición facsímil conmemorativa del I centenario del BRAE

LECTURA OTOÑAL DE «EL DIABLO COJUELO»  
de Gonzalo Torrente Ballester

Artículo aparecido en  
BRAE TOMO LIX – CUADERNO CCXVIII – SEPTIEMBRE-DICIEMBRE DE 1979

## Lectura otoñal de «El Diablo Cojuelo»

Señores Académicos:

Entre los escritores españoles a quienes hoy conmemora esta Real Academia, y de los que, con el recuerdo, quiere mantener la buena fama, contamos a don Luis Vélez de Guevara, ecijano ingenioso, dramaturgo afortunado, pedigüño incansable y, en un momento de su carrera, autor de una ficción en prosa. Nació hace cuatrocientos años, y el hecho de que se le nombre todavía se debe por igual al mérito de sus obras y al esfuerzo de profesores y academias por no olvidarlas. No es, por supuesto, de aquellos cuyo nombre vive en la sociedad, celebrado por ella y por ella aprovechado, tan escasos en la nuestra; tampoco de aquellos otros que, ante la pregunta angustiada de un adolescente: "¿Qué debo leer?", recomendamos con la debida urgencia. Hace bastantes años que vi en un escenario *Reinar después de morir*: puedo considerarme afortunado, pues no son los suyos títulos que menudeen en las carteleras. En fin: no fue un escritor mediocre, ¡Dios me libre de semejante aserto!, sino bueno, aunque no de los mejores. Digno de mayor gloria de la que tiene y de una atención mayor aún que la que le conceden eruditos y estudiosos. En otro país sería nombre corriente. En el nuestro abundan tanto los de primera fila, que no queda tiempo ni lugar para atender debidamente a éstos de la segunda. Me congratulo con la Real Academia de la Lengua de que, entre los recordados hoy, tan importantes e ilustres, haya-

mos encontrado una porciúncula de espacio y tiempo para colocar al ecijano. Y lamento que no sea un académico andaluz quien se encargue de esta conmemoración, pues acaso el paisaje le hubiera permitido averiguar de don Luis lo que a mí, quizás, se me haya escapado.

Me pareció algo más entretenido que traer aquí relación y crítica sucinta de sus mejores dramas y comedias, hacer de *El Diablo Cojuelo* el tema de mi breve intervención, una rápida excursión otoñal por un texto ya poco frecuentado y que yo, me apresuro a confesarlo, no había vuelto a leer desde mi adolescencia. Y tengo que decir de antemano, aunque me cueste vergüenza, que mi disposición personal no es la más adecuada para la dicha expedición. El lugar en que hablo y la calidad del auditorio parecen exigir, más que pedir, esa suma de circunstancias y condiciones o saberes que permiten, al leer un libro, situarlo de entrada en su contexto histórico y social, así como en el estético, y adecuar la sensibilidad y la mente de tal manera que mi lectura se diferenciase en poco de la que, hacia la tercera década del siglo XVII, pudiera hacer de *El Diablo Cojuelo* un académico de cualquiera de las de Madrid entonces en funciones, o un aficionado de los de aquellos tiempos en posesión de buen oficio. Me declaro, sin embargo, incapaz de semejante operación. Si he titulado de "otoñal" esta lectura, no es sólo porque sea el otoño el tiempo que transcurre por ahí fuera, ese que arremolina hojas muertas en los rincones propicios de las calzadas, sino porque es también el de mi vida personal, cargada ya de experiencias y lecturas, con una sensibilidad que difícilmente da de sí más de lo que permiten su anquilosamiento o su estabilidad, como ustedes prefieran, y con una capacidad imaginativa que ya comienza a mostrarse perezosa. En menos palabras, leo desde el hombre que soy y desde el tiempo en que vivo, y aunque no haya perdido del todo el sentido histórico, no me parece útil abusar de él, quizás porque desconfíe un tanto de sus logros finales. Y si es cierto que cuando, unos metros más abajo del lugar en que nos encontramos, contemplamos a Velázquez o al Bosco, lo hacemos desde nuestra sensibilidad y con nuestra retina actuales, ¿por qué no leer alguna vez del mismo modo? No voy, pues, a ofrecerles unas páginas críticas

que quieran dejar sentado, de una vez para siempre, lo que fue y lo que es la narración de Vélez de Guevara, sino el resultado de una lectura realizada anteayer, y voy a leerlo ante ustedes, contemporáneos míos, y más o menos semejantes en sensibilidad. Pido perdón por esta ligereza a los sabios: yo no lo soy.

El primer párrafo de *El Diablo Cojuelo*, tranco primero (su autor lo divide en trancos y no en capítulos), reza del siguiente tenor: "Daban en Madrid, por los finales de junio, las once de la noche en punto, hora menguada para las calles, y, por faltar la luna, jurisdicción y término redondo de todo requiebro lechuzo y patarata de la muerte": líneas que considero suficientes para adquirir conciencia de la clase de prosa con la que voy a habérmelas, no de las claras y directas, sino de las enrevesadas y torcidas, de las que van a obligarme a prestar al instrumento narrativo más atención de la que bastar pudiera; quiero decir que me encuentro ante un narrador a quien la prosa merece una especial atención, no para constituirlo al servicio de lo narrado, sino en valor autónomo. La lectura será de doble filo, más doble filo que en otras ocasiones, casi de filo triple: lo que se cuenta, cómo se cuenta y el modo de las palabras. No tengo nada que objetar, e incluso me regocija la esperanza de una diversión razonable a costa de las filigranas verbales que el autor me depare; si bien confieso con la misma claridad que si la materia narrada y el arte de narrarla son lo suficientemente atractivos, lo más probable será que olvide las peculiaridades de la prosa. Y, en efecto, el mundo en que el autor me introduce en las primeras páginas me interesa en seguida, quizás por razones relativas: porque no es sólito, en las letras españolas, eso de alquimias y brujerías, eso de nigromantes y demonios. Celebro el encuentro, me las prometo felices: más cuando, tras el diálogo entre un intruso y un prisionero, es decir, entre el que ya es protagonista y el que va a darle la réplica y convertirse en oportuno coadyuvante, tras el diálogo entre éstos, digo, uno de ellos, el diablo, procede a la operación de levantar lo que el autor denomina el hojaldrado, "se descubrió la carne del pastelón de Madrid como entonces estaba, patentemente". ¿Lo imaginan ustedes? Nada menos que la realidad de la vida madrileña de aquel tiempo, nada menos que la intimidad, vergonzosa, ejem-

plar o dramática, de todos los habitantes de aquella villa. ¿Qué más puede querer un novelista? ¿A qué otra apetencia puede aspirar? Por lo que sabemos, la época era especialmente atractiva; hoy diríamos, no muy bien, sugestiva. Hay quien la califica de alucinante. Comparativamente con otras sociedades contemporáneas suyas, la española de entonces fue rica en sucesos y personajes novelescos, en realidades insólitas, en acontecimientos y situaciones inverosímiles. Pero, entiéndase bien, téngase en cuenta especialmente, no lo sabemos por la literatura narrativa del tiempo, ni tampoco por la dramática, sino por letras confidenciales, cartas, avisos, memorias, y también por la investigación histórica. ¿Cómo es esto posible? No hace todavía muchos años, don Miguel de Cervantes descubrió la realidad para la poesía y señaló un camino. Si comparamos lo que los novelistas ingleses, de De Foe a Dickens, nos dicen de la sociedad inglesa, con los narradores españoles, de Mateo Alemán a Fernán Caballero, nos dicen de la española, ¡qué riqueza la de aquéllos, qué pobreza la nuestra! Y no porque esta sociedad no abundase en materiales novelescos, acabo de referirme a ellos, sino porque la mayor parte de nuestros narradores, ante el bullicioso hervidero que el estudiante don Cleofás tiene ante sí, es decir, la vida misma, operan una selección semejante a la de Luis Vélez de Guevara en ese trance descrito. ¿Qué es lo que ve nuestro ecijano, por la persona interpuesta de sus personajes? Figuras típicas, situaciones típicas. Contempla a Madrid a través de un cristal semejante al de don Francisco de Quevedo, y con intención pareja. Uno y otro satirizan, es decir, moralizan. Uno y otro, y muchos más, no contemplan realidades, sino abstracciones. Ante el espectáculo deslumbrante de la vida, El Diablo Cojuelo muestra a don Cleofás cornudos, pretendientes, simuladores, remiendavirgos, vírgenes remendadas, jamás hombres o mujeres, ¡todo lo que los españoles llevan viendo desde la Celestina, cada vez con menos carne y menos sangre. ¿Es que en Madrid y en España no hay otra cosa? ¿No hay esperanzas y dolores, alegrías y maldades, aventuras y riesgos? ¿No hay todo lo que constituye la materia de la novela universal, es decir, la vida cotidiana y la vida extraordinaria? Existe, claro; ahí está, ahí palpita; pero don Luis Vé-

lez de Guevara no lo advierte, como no lo advirtieron los restantes narradores de la edad clásica, salvo Cervantes, claro. ¿De qué le sirvió a éste señalar un camino, el que él mismo había transitado? Más que la realidad importan los tipos y las alegorías. Leyendo *El Diablo Cojuelo*, se siente que viene de un Quevedo que ya no lo es y va hacia un Gracián que no lo es todavía. ¡Se ha hablado tanto del realismo...! ¿Dónde está el realismo español? La realidad la forman los individuos y las sociedades, no los tipos y las costumbres.

Me siento un poco defraudado. Este diablejo que acaba de salir de una redoma y que posee una llave de poder extraordinario acaba de decepcionarme al franquearme la puerta del milagro: me ha mostrado significaciones en lugar de personas: me lleva a un manicomio donde los locos *significan*, a un Toledo donde lo único que merece su atención es un poeta tan *significativo* como las figuras anteriores, me ha sentado en una venta a la mesa de unos extranjeros que también *significan* y de cuyo tropiezo y conversación se deduce una noción política (absolutamente falsa, esa es otra cuestión). ¡Y para todo eso, me lleva por el aire! ¿No se pueden sacar otras consecuencias poéticas de semejante milagro? ¡Si el hecho de ir por el aire es, por sí mismo, un acontecimiento magnífico! ¿Por qué no le saca partido? ¿No comprende Luis Vélez de Guevara que las águilas, o las codornices, o los humildes gorriones, importan más que cualquier clase de figuraciones abstractas?

Omito encuentros y etapas del viaje. A veces me deleito en la prosa, me divierto con los gerundios, río con las metáforas burlescas. Pero si la composición del relato es de las elementales, una cosa tras otra empezando por la primera y casi sin trabazón ni trama alguna sustantiva, la materia narrada va de lo convencional a lo trivial, y cuando se tropieza otra vez con la vida misma, desdeña la ocasión. Así sucede cuando, en Sevilla, nuestros personajes acostan a la Corte de los Milagros sevillana, al lugar en que los mendigos se congregan. Hay precedentes, habrá secuelas. Pero no hay duda de que materia tal, vista o imaginada, es de las que no tienen desperdicio. ¡Qué amasijo increíble de formas, de conductas, de disfraces, de palabras! ¡Qué relaciones humanas, odios, amores, amistades!

¿Por qué no se atrevió a bucear en aquel maremágnum? La decepción se suma a las anteriores, hace esperar a las otras. Y la mayor no tarda en acaecer. Y es de las que comienzan con una promesa: el diablejo saca un espejillo en el que puede verse lo que se quiera, con tal de que sea real. ¿Lo aprovechará ahora el autor para mostrarnos la vida? ¡Hay que ver la clase de utensilios que maneja! Antes, levantó el hojaldre del pastel madrileño; ahora, resulta que el espejillo es mágico. La posadera quiere ver lo que pasa en Madrid. ¿Y saben ustedes lo que pasa? Pues que los cortesanos salen, a aquellas horas, de Palacio, y desfilan por la calle Mayor. En carrozas, a caballo, alguno a pie. Uno tras otro, con sus nombres y apellidos, con sus títulos y restantes oropeles: una enumeración al modo de las homéricas, si bien aquéllas fueron de héroes y ésta lo es de parásitos. Es inevitable recordar, ante esta página, a los antiguos reporteros de sociedad que, en los bailes de provincias, se cuidaban de enumerar a todos los concurrentes, no fuera a enojarse alguno a causa del olvido. Aunque también callaban a quienes no se habían mostrado generosos: se ocultaban sus nombres, que era un modo de anularlos. Luis Vélez de Guevara, el incansable pedigüeño, quiere halagar con esta enumeración y por medios mágicos, nada menos, a los que le han socorrido o pueden socorrerle: cada uno en su sitio, según su jerarquía, lo que se dice un caso de adulación sistematizada. La página parece gritar a aquellos paseantes en Corte: "¡Fijaos bien, os he inmortalizado!". Se supone que el silencio que sigue quiere decir: "A ver cómo me lo pagáis".

¡Pobre Luis Vélez de Guevara, padre de familia numerosa y poeta dramático con escasos derechos de autor, en una sociedad radicalmente injusta, aunque buena catadora de engendros literarios! No se le ocurrió que con la tapa del pastel en una mano y el espejo mágico en la otra, pudo habernos dado una versión directa, real y, al mismo tiempo, fantástica de la sociedad española de entonces. Era éste un modo de ver que no se llevaba, que no estaba aún de moda. No lo estuvo casi nunca entre nosotros. Todavía hoy, en esta hora misma, la prodigiosa, la mágica potencia de ver, de imaginar y de inventar, se reduce a tareas menores, siempre bien vigiladas por las ideo-

logías. Yo no puedo saber si don Luis Vélez de Guevara poseyó o no mayor capacidad imaginativa de la manifestada; pero lo que sí puedo asegurar es que escribió aprisionado de trabas y prejuicios, no hay más que leerlo, como otros muchos. Por lo pronto, narrar era una tarea secundaria, dentro de la jerarquía poética. Después, había que moralizar... Sin embargo, no mucho tiempo atrás, se habían publicado las *Novelas ejemplares*, en que se podía leer *El celoso extremeño*. Lo que yo lamento, lo que lamentaré siempre, es que la semilla cervantina, en España, haya caído en erial, que nuestra afición a las entidades abstractas como personajes literarios y a las sátiras y moralizaciones como procedimientos o finalidades, lo mismo da, se hayan mantenido por muchos años todavía, hasta que, finalmente, se pierda incluso el arte del relato. Más o menos por los últimos años de la vida de Vélez de Guevara, nace en Francia madame de La Fayette. Cuando se publica *La princesa de Clèves*, en la Península ya nadie escribe novelas, ni largas ni cortas. Pero allá en Inglaterra, han descubierto el camino señalado por Cervantes, y empiezan a transitar por él.

Luis Vélez de Guevara, dramaturgo en repetidas ocasiones, novelista a su modo en una sola, acaba de servirme de pretexto para una lamentación. Sin pretenderlo, aunque no sin saberlo, he cometido el error de juzgar una realidad literaria, no por lo que es, sino por lo que, a mi juicio, debería ser. Ya sé que esto no es legítimo. Implica un juicio de valor, y los juicios de valor están desacreditados. Sin embargo, toda obra de arte, sólo por el hecho de su publicación, postula una valoración, la pide a gritos. La que se me ocurre después de releer *El Diablo Cojuelo*, acaban ustedes de escucharla. No todo es decepcionante en este texto, como lo ha sido, para mí, su sustancia. Me atrevo a proponerles que escuchen la lección de alguna de sus páginas. Escojo la que nos cuenta la entrada de los protagonistas en la casa de los pobres, y la describe. Dice puntualmente así:

“Y con estas palabras, tomando a don Cleofás por la mano, se entraron por un balconcillo que a la derecha tenía la mendiga habitación, porque en la puerta tenía puesto portero por que no entrasen más de los que ellos quisiesen y los que fuesen señalados de la mano de Dios; y bajan-

do por un caracolillo a una sala baja, algo espaciosa, cuyas ventanas salían a un jardinillo de ortigas y malvas, como de gente que había nacido en ellas, la hallaron ocupada con mucho orden de los pobres que habían venido, comenzando a jugar al rentoy limetas de vino de Alanís y Cazalla, que en aquel lugar nunca lo hay razonable, y algunos mirones, sentados también, y en pie. La mesa sobre que se jugaba era de pino, con tres pies y otro supuesto, que podía pedir limosna como ellos, un candelabro de barro con una antorcha de brea, y los naipes con dos dedos de moho hacia cecina, de puro manejados de aquellos príncipes, y el barato que se sacaba se iba poniendo sobre el candelabro. Y a esotra parte estaba el estrado de las señoras, sobre una estera de esparto, de retorno del invierno pasado, tan remendados todos y todas, que parece que les habían cortado de vestir de jaspes de los muladares."

Si han escuchado atentos, habrán advertido que a Vélez de Guevara le sobraban habilidad y astucia para colocar unas palabras tras otras, después de bien elegidas, y que sabía con ellas describir una realidad y crear un ambiente. Es un buen narrador, y puede permitirse el lujo de los juegos verbales y sintácticos a que tan aficionados fueron los de su tiempo. Para mi entender, la maleza del jardín y la estera de las damas, la antorcha de brea y las cartas enmohecidas, bastan para alcanzar lo que el autor se propone, que es descripción suficiente, completada con la mención de los remiendos. La escalera de caracol sirve de detalle al margen, y acaso de firma del autor, que tanto caracolea con los vocablos. Vale, por último, el párrafo, como espécimen de un estilo en el que coinciden y se traban los barroquismos y manierismos de su tiempo. El que se me había concedido para conmemorar a Vélez de Guevara va ya agotado, y no puedo entrar en menudeos de precisión estilística. Pero no es malo el tema de esta prosa narrativa para que un estudioso, provisto del instrumental más moderno, defina y pontifique. Lo que yo intenté hacer, amén de la recordación, fue apuntar a ciertos hechos pasados de nuestra literatura, que explican en cierto modo su presente.

Gracias por la paciencia y la atención con que me han escuchado.

G. TORRENTE BALLESTER.